

**SEGUNDO MANIFIESTO DE LA**  
**TOLTECÁYOTL**  
**PARA EL CEM ANÁHUAC**



*Guillermo Marín*

Cada una de las seis civilizaciones más antiguas del planeta con origen autónomo han creado una estructura de conocimiento, no solo que llene de significados las aspiraciones, tradiciones, usos y costumbres de cada pueblo en su vida cotidiana, así como que les brinden normas morales, éticas, jurídicas y organizativas, creando además, los conocimientos del mundo material que les rodea para poder sostener, preservar y acrecentar las posibilidades de su desarrollo y permanencia material; sino lo que sería la esencia y raíz de su existencia, es decir, el “meta-objetivo” que concatena a todos los saberes y conocimientos, desde los más básicos elementales hasta los inherentes a la trascendencia de la existencia en planos superiores de la conciencia.

No es una casualidad que en el vértice superior de esta inconmensurable pirámide de sabiduría, las seis civilizaciones Madre del planeta llegan, -sin ponerse de acuerdo-, a un asombroso parecido de sabiduría humana. En efecto, en medio de una variedad de climas, latitudes, culturas, lenguas y razas, los seres humanos ponen sus aspiraciones más elevadas en la exaltación de los valores espirituales y la búsqueda de la trascendencia del plano material al inconmensurable universo del Espíritu.

Los grandes avatares y maestros buscaron en la sabiduría perenne “la verdad” por diferentes caminos y coincidían en llegar al mismo punto, la necesidad de potenciar las capacidades más elevadas y sublimes del ser humano para el desarrollo del aspecto espiritual de su humanidad. Ya fuera Hermes Trismegisto, Krishna o Quetzalcóatl, entre otros.

En el centro y la estructura más íntima de todas las civilizaciones existe un conjunto sistematizado de conocimientos y sabiduría que orientan, le da sentido y proyectan toda obra material e inmaterial de sucesivas generaciones que a través de los siglos y en algunos casos, milenios, le dan “cuerpo, rostro y alma” a cada civilización.

Para el caso de nuestra Civilización Madre nombrada por nuestros Viejos Abuelos como Cem Anáhuac, ese conjunto de conocimientos, sentimientos, aspiraciones e instituciones se le conoce como Toltecáyotl y se inicia desde que el ser humano dejó de ser nómada, cazador, recolector, aproximadamente en el sexto milenio a.C. y empezó su acenso en la búsqueda de trascender su vida material en niveles más elevados de la consciencia en el plano espiritual.

La visión e ideología colonial y neocolonial han creado dogmas como que “todo lo pasado es primitivo”. No necesariamente es así, y en el campo del conocimiento se empieza a “descubrir”, -con mucha resistencia-, que las civilizaciones del pasado poseyeron conocimientos que la actual “civilización moderna” ignora. También se ha creado un dogma sobre “la historia universal” de la versión eurocéntrica, que con los nuevos descubrimientos arqueológicos se está derrumbando como un castillo de naipes. Otro dogma es que el ser humano siempre ha vivido con las ideas del presente y que no ha habido otra forma de ver el mundo y la vida, como en los dibujos animados de “Los Picapiedra”.

Día a día aparecen indicios serios y consistentes de que han existido “otras humanidades” que rompen la cronología histórica eurocéntrica. Nuestros Viejos Abuelos hablan de cuatro Soles anteriores, que bien pudieron ser “universales” y no solo regionales. Cuatro desarrollos humanos que fracasaron y fueron destruidos por terribles catástrofes. Existe una gran similitud de esta “memoria histórica humana” en muchos pueblos antiguos del planeta.

La visión colonial que tienen los investigadores de nuestros Viejos Abuelos, como dice el Dr. Rubén Bonifaz Nuño, es que eran “primitivos, campesinos que solo pensaban en sus cosechas, adornando al sol y al agua”, viviendo en pequeños y diferenciados espacios culturales sin conexión o comunicación alguna. Totalmente falso y doloso. El concepto de “Ixachillan” en lengua náhuatl se refiere a la conciencia continental y el de “Cem Anáhuac”, sitúa en el “tlatípac” (lo que está sobre la tierra), el concepto de unidad en la diversidad cultural de la Civilización Madre, y en lengua náhuatl significa “los que están enteramente juntos en torno a las grandes aguas”, es decir, entre el

Océano Pacífico y el Golfo de México, desde lo que es hoy el Norte de los E.U. (Ce Acatl y Michoacán en náhuatl y Seattle y Michigan en inglés).

De modo que los Viejos Abuelos tenían una conciencia asombrosamente perfecta “del tiempo y del espacio”, y que, muy seguramente, estamos frente a una sola civilización continental, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego y no dos, como ahora afirma el eurocentrismo (Tawantinsuyo y Anáhuac).

La civilización del Cem Anáhuac, es una sola civilización con muchas culturas diferentes en tiempo y espacio, unidas indisolublemente por la Toltecáyotl como una “matriz-raíz” filosófico-cultural, y en un proceso de evolución constante hasta nuestros días. Los invasores, desde los conquistadores y los colonizadores, unos nos describieron y los otros nos “estudiaron” por “nuestras diferencias” y no por nuestras semejanzas, que son muchas más, toda vez que compartimos la misma “raíz-matriz” conocida por todos los pueblos en tiempo y espacio como Toltecáyotl.

La invención de la agricultura, con la domesticación de plantas como la calabaza, el chile, el frijol, los nopales, el cacahuete, el amaranto, la chía, pero especialmente la “invención” del maíz, al transformar genéticamente el teocintle en maíz, así como las obras de ingeniería hidráulica, permitieron el despegue de nuestro desarrollo humano al proporcionarle a los pueblos el tiempo y la energía suficiente para investigar, reflexionar, sistematizar y transmitir el conocimiento de una generación a otra, elevando su calidad y su nivel de vida.

De este modo y de manera sucinta podemos decir que desde la invención de la agricultura hasta la invasión europea trascurrieron siete milenios y medio de un desarrollo humano endógeno. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos que la civilización del Cem Anáhuac fue la civilización que alcanzó el más alto nivel y calidad de vida PARA TODO SU PUEBLO en la historia de la humanidad. Porque las élites siempre han vivido bien, pero los niveles de alimentación, salud, educación, organización social y régimen jurídico alcanzados para casi

todos los pueblos del Anáhuac, especialmente en el periodo Clásico, es único en la historia de la humanidad.

Si solamente comparamos la calidad y nivel de vida de un ciudadano promedio en Tenochtitlán y los de un ciudadano común de París en 1500, no tienen comparación alguna. La ciudad de México Tenochtitlán, en el periodo Postclásico (decadente), era una de las ciudades más grandes del mundo. Tenochtitlán tenía agua potable, drenaje, la retícula perfecta de sus calles, calzadas y canales. La alimentación era de alto nivel nutricional y sus medidas higiénicas eran asombrosamente sanas y rigurosas, como el baño diario y el temazcal, la higiene de las casas y edificios públicos, así como las calles y plazas, era responsabilidad compartida por toda la población. Pero fundamentalmente, existía una educación obligatoria y gratuita para todos, sin excepción de rango o estatus.

Los especialistas a estos 7500 años de desarrollo humano endógeno lo dividen en tres partes para entenderlo mejor. Ya que, además de ser muy grande, tiene estadios de desarrollo muy diferenciados.

El primero, Periodo Preclásico o formativo, aproximadamente se identifica del año seis mil al 200 a.C., representado por la llamada “cultura olmeca”. Periodo en el que se sentaron las bases de conocimiento a través de lo que se conoce como “pirámide de desarrollo humano tolteca” y que va desde los aspectos materiales de la “subsistencia” (tangibles), hasta los conocimientos de la “trascendencia” (intangibles).

El segundo periodo, conocido como Clásico o del esplendor se desarrolla del año 200 a.C. a 850 d.C. Representado por la llamada “cultura tolteca”, en el cual se llegó a alcanzar el nivel más alto de desarrollo humano para toda la población en la historia de la humanidad y que finalizó con lo que los investigadores llaman “colapso del Periodo Clásico Superior”, ya que en una generación, de manera simultánea y concertada, en todo el Cem Anáhuac, misteriosamente se abandonaron las llamadas ahora “zonas arqueológicas” y

desaparecieron los seres de conocimiento, dejando la profecía de su retorno en el año “uno caña”.

El tercer periodo, conocido como Postclásico, transcurre del 850 d.C. con la partida de los venerables maestros a 1521 d.C. con la caída de Tenochtitlán. Ante la ausencia de los generadores del conocimiento y la “inercia de la materia”, empezó un paulatino deterioro de las prácticas emanadas de la Toltecáyotl. Se crearon los Altépetl o Señoríos y varios tlatoanis del Cem Anáhuac trataron de restaurar la hegemonía tolteca, pero a través de las armas. Este periodo es nombrado por el Dr. López Austin como el Estado Suyuano.

Los mexicas representan este periodo, aunque llegaron al Altiplano en el Siglo XIII. En 1325 fundan Tenochtitlán y en 1440 comienzan su expansión que durará solo 81 años de “relativo poder”, su ideólogo el longevo Cihuacóatl, Tlacaélel, ordenó las reformas filosóficas y religiosas que transgredieron el pensamiento y práctica espiritual tolteca y la convirtieron en una ideología materialista, místico, guerrera. Las cuales funcionaron como la justificación de su política imperialista, pero finalmente, la trasgresión del pensamiento de Quetzalcóatl fue el motivo de su posterior derrota al momento de que Hernán Cortés, asumiéndose como el enviado de Quetzalcóatl, -por la información que le proporcionó Malinche-, provocó una guerra civil en el mundo náhuatl del Altiplano Central, no en todo el Cem Anáhuac y no con las demás culturas, quienes no recibieron a los españoles como enviados de Quetzalcóatl.

La “historia oficial” del Estado neocolonial criollo ha distorsionado dolosamente la verdad argumentando que los mexicas eran dominadores de todo el Cem Anáhuac, poniendo a los mexicas como “los romanos del nuevo mundo” para exaltar la “heroica conquista” de un puñado de españoles. Exagera el número de los sacrificios humanos y describe a los pueblos y culturas anahuacas como salvajes, guerreros y caníbales, para justificar los crímenes de lesa humanidad y el holocausto cometido por ellos, a una civilización que nada les había hecho.

El epistemicidio cometido por los europeos, no solo consistió en la quema de sus códices, la destrucción de sus centros de estudio y templos, sino que se asesinó a los hombres y mujeres de conocimiento. No solo en el periodo de conquista, sino durante los tres siglos que duró la Colonia, en el que, la Santa Inquisición, el clero, el poder civil y militar, así como los españoles y criollos, mantuvieron una acción permanente y sistemática de persecución y “extirpación” del conocimiento y religión ancestral, por medio de “autos de fe”, la prisión perpetua a los maestros en idolatrías, además de quemar vivos a los “indios idólatras”, hasta desterrarlos, azotarlos, confiscarles sus bienes y deshonrarlos en las plazas públicas, con la presencia obligada de todo el pueblo anahuaca, como “castigos ejemplares”. Institucionalizaron el Terrorismo de Estado.

Sin embargo, el conocimiento, a pesar de los pesares se ha mantenido en la base y la esencia de los pueblos y culturas del Cem Anáhuac. Debe tomarse en cuenta que los toltecas y la Toltecáyotl desaparecieron del tlaltípac aproximadamente a mediados del siglo IX, pero se han mantenido en la estructura cultural de los pueblos, familias y personas, en los saberes comunitarios, en los valores y principios que mantienen en la esencia “el rostro propio y el corazón verdadero” del pueblo, en el “conocimiento silencioso” o “banco genético de información cultural”, y en las tradiciones, fiestas, usos y costumbres. Así como, se supone, en una élite de diversos linajes secretos de los poseedores de “la antigua palabra” y que desde 1521 los españoles, criollos y mestizos, jamás los han “detectado” y menos perseguidos. Gozan de “la libertad ilimitada de ser unos desconocidos”.

Indiscutible e innegable son las apropiaciones y las imposiciones culturales que han ido mezclándose de culturas de muchas partes del mundo, no solo de Europa, en estos cinco siglos en el Anáhuac, pero la base y la estructura más profunda sigue siendo la Toltecáyotl, como el Hinduismo lo es para la India, pueblo y cultura tan antigua como la nuestra. No se puede y no se debe tomar a la cultura mexicana como la representativa de la Civilización del Anáhuac, porque es caer en el discurso neocolonizador de los criollos, ya que nos impide conocer en

toda su dimensión histórica y filosófica los mayores aportes de nuestra civilización Madre. No se trata de minimizar o restarle créditos a los mexicas, pero si se deben situar en la historia del Cem Anáhuac sin distracciones mal intencionadas.

El mito fantasioso “del poderoso Imperio Azteca”, es un hechizo ideológico de los criollos para “hacer suyo el pasado antiguo”, frente a los gachupines que iban llegando con poder e influencia de la corona. Los criollos desde el Siglo XVIII, especialmente con Francisco Javier Clavijero, empezaron a conspirar contra los peninsulares, asumiendo que “ellos eran los auténticos dueños de las tierras del Virreinato” y que los gachupines eran advenedizos y oportunistas.

El mismo concepto de “criollo” en el lenguaje del pueblo, significa “propio u original del lugar”. Hasta en la actualidad, se usa este concepto para decir “maíz criollo” frente al transgénico. Gallina criolla, perro criollo, en contra de los “productos de castilla”, es decir, de España., “nuez de castilla, rosa de castilla, etc.”

Menos aún hacer creer que la base cultural del mestizaje es la parte occidental. Efectivamente somos un pueblo mestizo cultural y racialmente, pero para la mayoría de los ahora llamados “mexicanos”; la raíz y la percepción del mundo y de la vida viene de los Viejos Abuelos toltecas, de la Toltecáyotl, y en general de la civilización del Cem Anáhuac. Siete milenios y medios no pueden ser borrados por la caída de Tenochtitlán.

Esta cosmovisión e interpretación está presente en el subconsciente, en las tradiciones, fiestas, usos y costumbres. Tanto de los pueblos indígenas y campesinos, como de los urbanos y los que viven en los cinturones periféricos de las ciudades del país. A principios del siglo XIX, en el Virreinato, existían un poco más de seis millones de habitantes de los cuales no más de 15 mil eran peninsulares. En 1970, el 70% de la población del país vivía en el medio rural. Lo cual nos indica que la gran “mayoría de los mexicanos” tenemos una raíz cultural y étnica, eminentemente anahuaca-campesina-indígena.



Uno de los distintivos más sobresalientes de “las dos civilizaciones” del continente Americano, (aunque creemos firmemente que las dos son una sola), es que prevaleció sobre el mundo material, el mundo espiritual. En efecto, el no uso de la propiedad privada, la moneda y la no invención de las armas; así como, la implantación de un sistema educativo obligatorio, público y gratuito, la comunalidad y la “democracia participativa”, con el énfasis del Estado por el desarrollo espiritual del pueblo, le dan características muy especiales que de alguna manera lo hacen diferente a Egipto, Mesopotamia y China, y más cercano a la India.

A diferencia de otras civilizaciones que sustentaron su desarrollo en los avances tecnológicos, el comercio, la guerra, la esclavitud y el autoritarismo, nuestra Civilización Madre se enfocó y desarrolló en el mundo del desarrollo espiritual y el desarrollo de la “ciencia fiófila”.

Todas las civilizaciones antiguas construyeron pirámides, nuestros antepasados fueron los que construyeron más. En Egipto, hasta ahora se conocen 110 pirámides. Solo en México, el INAH tiene abierto al público 187 zonas arqueológicas y en cada zona existe más de una pirámide. Y no se diga, los vestigios arqueológicos que no se han explorado y los que todavía no han sido descubiertos.

El hecho de haber invertido tanto tiempo, energía, atención, organización y muchísimas generaciones de personas en construcciones que no son “palacios, fortalezas, ciudades o panteones” y menos “centros ceremoniales”, desde la perspectiva occidental, nos habla de que los pueblos antiguos, no solo los anahuacas, tenían una visión muy diferente de la vida y el mundo a la que tenemos ahora a través de la “modernidad” globalizada eurocéntrica.

Un excelente ejemplo de este vigor civilizatorio, es el caso de la zona arqueológica llamada Monte Albán (Daany Beédxe en lengua zapoteca), en Oaxaca. Podemos mencionar que desde el inicio de su construcción (fase I, 500 a.C.) hasta su abandono (fase III, 850 d.C.), transcurrieron 1350 años de un impresionante, sistemático y exhaustivo esfuerzo constructivo, en el que intervinieron de manera comunitaria a través

del tequio, todos los pueblos anahuacas que hoy llamamos oaxaqueños, que anualmente se congregaban para la realización de este longevo y titánico esfuerzo humano.

Esta voluntad compartida en un proyecto “abstracto”, es decir, no utilitarista del mundo material. En el que no caducó el objetivo inicial, porque la planta arquitectónica de la fase I es igual a la de la fase III de su abandono. Esto quiere decir que, para lo que la planearon desde el inicio, funcionó durante 1350 años. Esto nos debe de hablar del proyecto filosófico, -compartidos universalmente-, que existió en el Cem Anáhuac, desde lo que hoy es Nicaragua hasta el Norte de E.U. Las plantas arquitectónicas, las pirámides, los edificios, las estelas, mantienen, asombrosamente, un común denominador en tiempo y espacio.

El conocimiento integral compartido por todos los pueblos y culturas representadas en el quincunce, Nahui Papalotl o Hunab Ku. Los símbolos metafóricos de las aves, las serpientes y los felinos, los llamados “juegos de pelota” (observatorios), el complejo y diverso sistema de grecas, la observación de la mecánica celeste y los diversos calendarios, la armónica relación con la Naturaleza, el comunitarismo, la democracia participativa “del mandar obedeciendo”. Así como, la conciencia de trascender espiritualmente, y la misión de lo humano, como corresponsable de la divinidad por mantener el equilibrio y movimiento del mundo y el universo. Son valores, principios y conocimientos compartidos por todos los pueblos originarios del continente (Ixachillan en lengua náhuatl), no solo del Cem Anáhuac.

La pirámide de desarrollo humano tolteca; el énfasis en la aspiración de trascender la realidad material a través del uso del “Espejo Humante” para asechar “al enemigo interior” y luchar por ser lo mejor de uno mismo, en la metáfora universal de “desprender la materialidad carnal que condena a la corrupción al cuerpo humano a través del símbolo de Xipe Totec, a través de entablar la “Batalla Florida” y convertirse en un “Guerrero de la Muerte Florecida” que va en pos de “la mariposa de obsidiana” para alcanzar la “Luz”. Los logros más intensos y elevados de la Civilización del Anáhuac.

La Toltecáyotl nos trasmite, hasta nuestros días, las cinco herencias que nos definen como pueblo y nos dan ese “rostro propio y ese corazón verdadero”: El optimismo por la vida, la familia como centro de la vida, el amor por la naturaleza, el infatigable espíritu constructor y la solidaridad comunitaria.

Un punto sobresaliente de nuestra civilización es el desarrollo del conocimiento a través de una ciencia biófila, totalmente vinculados con la espiritualidad, como un todo integrado e indivisible. La ciencia al servicio del desarrollo espiritual, y no como occidente y su modernidad, en dónde la ciencia creada a partir del siglo XVIII, se ha enfocado, - hasta la actualidad-, a la investigación militar, la explotar al ser humano, la naturaleza y crear riqueza para unos cuantos.

El potencial más grande que puede llegar a desarrollar el ser humano, es la conciencia de ser una carga energética, que además, puede manipular a voluntad. La palabra en lengua náhuatl “tona” se refiere a “la energía”, este conocimiento ancestral es muy importante y está presente en muchos conceptos de suma importancia en la cosmogonía del Cem Anáhuac. Por ejemplo: Tonatiuh el Sol, Tonantzin la Tierra, Tonacatecutli el Señor del Sustento, tonalli día, Tonalamatl la cuenta de los días y los destinos, tonacayotl cuerpo humano, tetonalli alma, tonamitl rayo de sol, itonalmeyotsitsiuan sus rayos luminosos, etc.

La Toltecáyotl, en su nivel más elevado y abstracto, percibía el mundo y el universo como una vibración que estaba constituida de dos formas de energía. Una muy sutil generada por la conciencia de la existencia, metafóricamente representada por Ehécatl-Quetzalcóatl y la otra generada por los átomos, representada metafóricamente como Tláloc. La física cuántica y la teoría de redes, estarían más cerca de lo que hoy conocemos, para explorar esta sabiduría desarrollada a través de miles de años y resguardada celosamente, para ser transmitida por un pequeño y selecto grupo de hombres y mujeres de conocimiento o toltecas.

Una forma de resumir el concepto de Toltecáyotl, es “el arte de vivir en equilibrio-armonía”. La búsqueda del equilibrio a través de la medida

del mundo material e inmaterial, del microcosmos y el macrocosmos. El equilibrio interior o emocional, el equilibrio con los semejantes, los seres vivos y el equilibrio con el universo. La casa de altos estudios tolteca del Cem Anáhuac se llamó Calmécac” que en lengua náhuatl significa “la casa de la medida”. La armonía, “Yocoxcayotl” en lengua náhuatl es “la piedra roseta” de la sabiduría ancestral, llevada a su esencia a partir del concepto de la vibración como fuente de la energía. Es decir, para la Toltecáyotl la esencia de todo lo que conforma el universo es una vibración, armonizarse con esa energía es su esencia, principio y fin.

Encontrar “la mitad de las cosas, de las ideas y los sentimientos” es un “arte” que nos conduce al equilibrio. Lo que está equilibrado es bello, armonioso y estable. El desafío de los Guerreros y Guerreras de la Muerte Florecida justamente era “equilibrar” el Quetzal con el Cóatl, el nahual con el tonal, equilibrar “el terror de ser humano con el prodigio de ser, ser humano”.

La Toltecáyotl por siglos tuvo tres niveles de conocimiento: El filosófico (toltecas), el religioso (sacerdotes) y el popular de la vida cotidiana (masehuales). En el primero se relacionan íntimamente los conocimientos científicos y espirituales con “Flor y canto”, entendida como la sabiduría para encontrar el equilibrio, en tanto la flor es el símbolo de la belleza, la belleza es producto de la armonía y la armonía se produce por el equilibrio. El canto, como la sabiduría-filosofía versificada. Conocimientos y prácticas de carácter esotérico sustentadas en la percepción del ser humano y el universo como energía vibracional, reservado para una élite de seres humanos que estaban dispuestos a realizar los más increíbles esfuerzos de disciplina, responsabilidad, valor y sacrificio. Intrépidos, que exploraban espacios de la percepción energética, casi inaccesibles a las capacidades humanas sin perder la razón.

El nivel religioso en la Toltecáyotl, se refería a la interpretación y humanización de lo inconmensurable, como una enseñanza para darle sentido trascendente a la vida personal, familiar y comunitaria. Basada en conocimientos del primer nivel pero traducidos y simplificados para

el acceso del ser humano común y corriente. Que le den sentido, dirección y armonía a su existencia individual y colectiva en un proyecto innegable y compartido por casi todos los pueblos a través de ritos y ceremonias para sensibilizar y concientizar de la sacralidad de la vida y la divinidad del mundo. Tloque Nahuaque, Ometéotl y la dualidad Tláloc-Quetzalcóatl, pilares de la religión anahuaca, nacen como inspiración del primer nivel, y después, variadas representaciones de las diversas advocaciones de una misma realidad invisible, impalpable e innombrable, presentes en el mundo en el que vive el ser humano.

El nivel popular de la Toltecáyotl en la vida cotidiana, estaba enfocado a los conocimientos prácticos del mundo material que les rodeaba. Las ciencias y los “saberes comunitarios” que eran fruto de cientos de años de observación y práctica en su relación con el medio habiente. Tanto local, como regional y continental. Desde la observación de la mecánica celeste, pasando por las matemáticas, la botánica, zoología, medicina, etc., pasando por la educación y el sistema de organización comunitaria y régimen jurídico, hasta la misma vida familiar. Los masehuales vivían inmersos en el universo del Calpulli y los Huehuetlatolli, en el respeto, los valores y principios que dieron armonía, orden y bienestar a las comunidades que vivían en paz en el Cem Anáhuac.

Esta sólida y estable vida, con profundos cimientos humanistas, elevadas aspiraciones espirituales y conocimientos asombrosos sobre la energía, se ve materializada en que, en el Anáhuac, se construyeron el mayor número de “zonas arqueológicas del mundo” y en cada zona arqueológica hay más de una pirámide. Este “espíritu constructor”, duró en el periodo Clásico más de diez siglos y estas construcciones no fueron ciudades, como Ur, Babilonia, Bagdad, Roma, etc., lugares de concentración de poder y riqueza material. Tampoco fueron fortalezas militares, porque en este periodo no hubo guerras y sobre todo, porque la misma arquitectura, así nos lo indica. Menos aún fueron construidas como palacios reservados a una élite de poder material. Fueron construidos como centros de estudio y de investigación de la Toltecáyotl en su nivel más elevado.

Esta es una de las revelaciones más importantes del potencial y grandeza de nuestra Cultura Madre. Justamente está, en lo más evidente, que son las impresionantes construcciones que nos legaron por todo el territorio nuestros sabios antepasados. Tantas construcciones, diferentes todas y cada una de ellas, pero todas unidas por una misma matriz filosófica-arquitectónica-filosófica-astronómica, que nos revelan la más elevada preocupación y ocupación existencial, que requirió un inconmensurable esfuerzo humano en energía, recursos, voluntad y continuidad. Nuestro Patrimonio Edificado anahuaca no fue una Gran Muralla, grandiosas tumbas monumentales, un canal de miles de kilómetros para el comercio, grandes puertos o inexpugnables fortalezas militares. Son en cambio, construcciones armoniosamente edificadas con la mecánica celeste y el movimiento del Sol, pero sobre todo, con un fin tan elevado, que hoy en día, nuestra miope y primitiva percepción de la vida, el universo y la energía, no nos lo pudo permitir comprender.

La Toltecáyotl es un todo que envolvía armónicamente el desarrollo de la vida en el Cem Anáhuac a los largo de decenas de siglos, y que a pesar de la brutal invasión y el feroz epistemicidio, se mantiene en el banco genético de información cultural de los hijos de los hijos de los Viejos Abuelos y en la prácticas, costumbres y tradiciones de muchos pueblos originarios del continente. Ahí sigue depositada parte de nuestra más importante riqueza cultural, a la que le hemos dado la espalada y nuestro desprecio durante cinco siglos.

La Toltecáyotl es lo que une e identifica, -en lo esencial-, a todos los pueblos y culturas del continente Ixcachillan, desde Alaska hasta La Tierra del Fuego. Lo latinoamericano e hispano, es lo que une e identifica a las “personas euroamericanas”, es decir, pertenecientes culturalmente a Occidente, el eurocentrismo, la modernidad y el capitalismo.

El mestizaje cultural en el Cem Anáhuac en los últimos cinco siglos, además de ser enriquecido por la cultura Occidental, posee los ricos y variados aportes de las culturas de África y Asia. De modo que la Toltecáyotl del siglo XXI, -como toda la sabiduría ancestral del mundo-

, ha recibido aportaciones culturales y de conocimiento, lo que la hace más rica y sólida. Pero mantiene en lo profundo su esencia primigenia. Iniciar el camino “hacia adentro”, en la búsqueda de nuestro más antiguo y perene “rostro y corazón verdadero”, sin negar y rechazar las apropiaciones culturales de otras civilizaciones que ya forman parte de nuestro ser, es la tarea que resulta emergente e impostergable para poner fin a la colonización mental, cultural y espiritual que sufrimos.

Hoy más que nunca, para enfrentar los desafíos de un mundo neoliberal globalizado que se está derrumbando, requerimos recurrir a las sabidurías ancestrales de la humanidad, en nuestro caso, a La Toltecáyotl. Tenemos que re-pensar y re-utilizar esta vasta experiencia de vida humana. El desarrollo de la conciencia comunitaria a través de la comunalidad y la fraternidad solidaria por medio del servicio a la comunidad a través del tequio, la gozona, la guelaguetza, la mano vuelta, etc., el bien común y el “corazón del pueblo”. La organización social a través de “los usos y costumbres, la asamblea y el “mandar obedeciendo”.

El replanteamiento de “la razón de la vida” en los planos: personal, familiar y comunitario. Recordar con el corazón abierto como una flor, el sentido y el valor de la sacralidad de la vida en su nivel más amplio y la divinidad de “nuestro mundo”, totalmente integrado e interconectado al Universo. Tenemos que “descolonizar la mente y el corazón”, para conocer y saber que han existido otras formas de interpretar el mundo y la vida mucho más elevadas y longevas, que las que la cultura judeo/anglosajona ha implantado a base de “sangre-comercio-guerra-explotación” en los últimos cinco siglos.

Tenemos que recuperar la vocación cultural por la educación comunitaria, familiar e individual. El arte de formar rostros propios y corazones verdaderos. Una educación para la vida y para servir a la comunidad. Debemos volver al control del equilibrio social a través del autoconsumo familiar, la austeridad como estilo de vida y la frugalidad como expresión cultural, y el rechazo al individualismo, el consumismo, el atesoramiento, el racismo, y la re-valoración de la prioridad del “bien común sobre la propiedad privada.

Debemos de devolverle al pueblo, “el bien común” máspreciado que posee; su gobierno. La prioridad del Estado, debe ser la búsqueda de la conciencia y el desarrollo de la espiritualidad para coadyuvar en la armonía del cosmos, la Tierra y los seres humanos a partir de la “democracia participativa” por medio de la justicia, la igualdad, el trabajo y la responsabilidad por el bienestar general. Los que “manden obedeciendo”, deben ser los más capaces y honrados, inteligentes y éticos, honorables y humanos. La virtud y el ejemplo como práctica y acción permanente.

Colofón.

La pobre y limitada visión que tenemos de nosotros mismos, de nuestra civilización Madre y de su potencial para mejorar nuestras vidas como personas, familias y pueblos, deviene de los preceptos y dogmas coloniales que se impusieron desde 1521 a través de la “Historia Oficial” y la pérdida de la memoria histórica y la identidad cultural.

La “historia de la Batalla de la Noche Triste”, el “Gran Imperio Azteca”, los “sacrificios humanos” y los guerreros caníbales, es el referente de la cultura dominante, del neocolonialismo de ideología criolla para referirse al pasado “prehispánico” del Anáhuac. La ideología nos hace creer que lo “propio-nuestro”, no tiene valor y que nada podemos sacar de él, que es vergonzante. El que se haya perdido la memoria histórica y que nadie se sienta orgulloso de “la otra parte” de nosotros mismos, es la mayor victoria de la colonización. Esto desgraciadamente sucede entre los mismos indígenas, campesinos y urbanos. La riqueza y sabiduría de La Toltecáyotl no tiene que ver con fenotipos, culturas, niveles académicos, sexos o nacionalidades. La Toltecáyotl es Patrimonio Cultural de la Humanidad.

En efecto, la invasión europea permitió la colonización, con ella el nacimiento del capitalismo, que inició en 1492 con la explotación de los seres humanos y la depredación de los recursos naturales, y que se justificó con la creación de la ideología conocida como “eurocentrismo” y su proyecto de la “modernidad”. El racismo eurocéntrico es la base del pensamiento capitalista que deshumaniza “al otro”, al descubierto,



al conquistado, al indígena, al moreno, al indio, al naco, y lo sitúa en niveles de animal, para así, poderlo explotar sin ningún remordimiento. Lo sujeta inmisericordemente a su servicio y provecho, como esclavo, encomendado o asalariado.

La imperiosa necesidad de iniciar la “descolonización” a partir de un pensamiento crítico que nos libere de nuestros carceleros pero con ideas y las experiencias “ancestrales-propias-nuestras”, no con las ideas de los carceleros. La mayoría, de los hoy llamados mexicanos, estamos colonizados, en ello llevamos cinco siglos. La colonización es tan vasta y “universal” que no la percibimos, es “nuestro medio”. No nos damos cuenta de cuan colonizada está nuestra forma de vernos a nosotros mismos, el mundo en el que vivimos y las relaciones que sostenemos.

Requerimos descolonizar la historia, la cultura y la educación. Necesitamos investigar, promover y difundir “la otra historia”, reconocer la esencia de nuestro verdadero rostro y corazón ancestral, para sumarlo en armonía con “la parte occidental/universal” que hoy nos conforma. No se trata de excluir, negar o restar, sino de sumar, de recuperar, de reconocer y valorar.

Tenemos que dejar de pensar en la descolonización con las ideas de los colonizadores. Tenemos que crear un pensamiento crítico endógeno. Buscar nuestras propias verdades, valores y principios. Porque otro mundo, si es posible. Todo comienza en un cambio interior, de adentro hacia afuera. Sin miedo a perder y sin ambición de ganar. Con un intento inflexible, sistemático y permanente, con una voluntad a prueba de debilidades, con disciplina y responsabilidad, con un compromiso profundo por la vida, por el futuro de todos, por la vida en la Tierra.

Requerimos Guerras y Guerreros de la Muerte Florecida que estén dispuestos a entablar la Batalla Florida, con sus armas ancestrales de “flor y canto”, para florecer sus corazones y darse como alimento a la comunidad. Lo difícil no es hacerlo, sino imaginarlo y todo comienza con un primer paso.

*Guillermo Marín.  
Oaxaca, marzo de 2014.*

